

## Algo de insensatez.

Prímula Brandigamo, hija de Gorbado Brandigamo y Mirabella Tuk, era más Tuk de lo que su padre quería admitir. Como Brandigamo, estaba acostumbrado a que las rarezas de los Tuk pasaran de generación en generación y, aunque lo había aceptado al casarse con su mujer, siempre tuvo la esperanza de que su buen juicio fuera más fuerte. Al fin y al cabo su mujer, Mirabella, siempre se comportó como una hobbit respetable, que no hacía nada inesperado ni tenía aventuras de ningún tipo. De hecho, de sus siete hijos sólo Prímula resultó ser una Tuk de pura cepa.

Desde bien pequeña, un gran afecto la unió siempre a su tía, Belladona Bolsón, mujer Tuk de armas tomar donde las hubiera. Cada vez que cruzaba el Brandivino para visitar a la familia Bolsón en Bolsón Cerrado, se sentaba junto al fuego a escuchar historias de las aventuras que habían vivido otros miembros de la familia Tuk. Sus favoritas eran las historias del Viejo Tuk y su extraño amigo, Gandalf. Su primo Bilbo estaba presente muchas veces, compartiendo un pastel y una taza de té con ellas, y le hablaba con entusiasmo de los fuegos artificiales tan maravillosos de Gandalf. Cuando volvía a casa su padre siempre se arrepentía de haberla dejado junto a los Bolsón, familia por demás respetable, porque regresaba con la cabeza llena de ideas arriesgadas y hablando de lo mucho que le gustaría ir de viaje con Gandalf. Por suerte para él, tras la muerte de Gerontius Tuk, no habían vuelto a ver a aquel viejo loco por la Comarca, garantizando así la paz entre ellos. Gorbado siempre pensó que el afán de aventuras moriría pronto en su hija, posiblemente cuando llegara a la madurez y encontrara un hobbit respetable con quien sentar cabeza, tener una familia y pasar una vida feliz y tranquila por el resto de sus días.

No sabía lo equivocado que estaba, pues nuestra historia comienza, precisamente, con la mayor aventura de Prímula.

La tendencia de Prímula a escaparse de casa y desaparecer durante días había remitido con el tiempo. Para cuando estaba a punto de cumplir treinta y tres años, edad en la que alcanzaría la madurez, sus esperanzas de vivir una aventura estaban prácticamente acabadas. No es que no quisiera, sino que se había rendido a su destino: sería por siempre una joven respetable y formaría una familia respetable. Sus pensamientos aquel día, mientras arreglaba uno de sus viejos vestidos con las cintas de colores que acababa de regalarle su madre, giraban una y otra vez en torno a ese tema.

—Vas a ser una hobbit adulta dentro de muy poco, Prímula —le había dicho su madre aquella misma mañana, cuando le entregaba los lazos—. Ya es hora de que elijas un buen marido.

Pensar en casarse aterraba a Prímula. Conocía a muchos hobbits de buena casa, y a otros tantos de casa no tan buena, pero ninguno con el que deseara casarse. De hecho, si era sincera consigo misma, no creía que deseara casarse nunca. Así pues, aquel día, todos sus miedos y sus antiguos deseos habían resurgido, y una idea descabellada aparecía una y otra vez en su mente: ¿y si se fugaba? Podría escaparse durante la noche, coger una bolsa con sus cosas y desaparecer para siempre. ¡Quizás incluso podría ir a buscar a Gandalf!

—¡Prímulaaaaa! —de repente, una voz infantil la sacó de su ensimismamiento. Su pequeña hermana Rosie entraba corriendo justo en aquel instante por la puerta, dando vueltas sobre sí misma haciendo que el vuelo de su vestido girara con rapidez— ¡Mira qué

bonito! —exclamó, sin dejar de girar. Prímula no pudo evitar reír.

—¡Para un poco, Rosie-Posie! Déjame que te admire —dijo, tirando de ella hacia sí. Rosie dejó de girar y se acercó, sonriendo algo mareada, enseñándole a su hermana su precioso vestido nuevo—. ¡Estás preciosa!

La sonrisa de Rosie se ensanchó aún más.

—Mamá me lo ha comprado para tu fiesta de cumpleaños —explicó, orgullosa—. ¡Me muero de ganas de ver mi regalo! —rió.

Giró una vez más sobre sí misma, haciendo volar los lazos que llevaba en el pelo, y salió corriendo de la habitación para ir a mostrarle su vestido al resto de la familia. Prímula se quedó mirando con una sonrisa el lugar en el que instantes antes giraba como una peonza su hermana favorita, y en ese momento supo por qué sería incapaz de marcharse nunca de casa.

Los preparativos para la fiesta la tuvieron ocupada el resto de la semana, y cuando quiso darse cuenta los invitados ya estaban llegando. Los banquetes de Gorbodoc Brandigamo eran legendarios, conocidos en todos los agujeros-hobbit de Eriador, y se presentaron hobbits provenientes incluso de Bree. La mayoría llegaban sin invitación, pero todos eran bien recibidos en la mesa de Gorbodoc. Prímula pasó la mayor parte de la noche en la entrada, recibiendo a los huéspedes con una sonrisa y un presente distinto. Todos la felicitaban por alcanzar la mayoría de edad y le deseaban una larga y próspera vida; las mujeres le deseaban un buen marido y todos los hobbits solteros de la Comarca presentaron sus respetos y se aseguraron de hacer saber que estaban disponibles. Al fin y al cabo, era la hija de un Brandigamo más que pudiente, y aquello era sinónimo de comodidad y buena fama. El banquete fue incluso mejor de lo esperado, pues la comida y la bebida siguieron fluyendo hasta bien entrada la noche. Sólo hicieron un alto durante el banquete, y fue para que su padre diera un pequeño discurso en su honor, como había hecho cuando sus cinco hermanos mayores alcanzaron también esa edad.

—Queridos amigos, hobbits de todos los rincones, ¡hoy es un día dichoso! —exclamó, riendo. Su enorme barriga se movía al ritmo de su risa, y se oyeron vítores entre el público, que alababa las fiestas de Gorbodoc Cintura Ancha— Hoy, mi querida Prímula alcanza la edad de treinta y tres años en la cúspide de su belleza. Y, ahora que ha alcanzado la madurez, es hora de que encuentre a un hobbit respetable con quien compartir su vida.

Prímula, que en aquel momento degustaba una deliciosa cerveza con una sonrisa en los labios, se atragantó al escuchar las palabras de su padre.

—Es por eso —continuó Gorbodoc, ajeno a la mirada turbada que le dirigía su hija— que de aquí a un mes mi hija elegirá un marido —anunció.

Los hobbits estallaron en exclamaciones y gritos. Era una práctica común entre los hobbits de buena casa elegir un marido para sus hijas si éstas, una vez alcanzada la madurez, no habían hecho ya su elección. Había familias que no seguían esta tradición, era cierto, y Prímula era la primera de las hijas de Gorbodoc que la sufría. Gorbodoc lo había meditado mucho antes de llegar a esta decisión, y se había dado cuenta de que Prímula no se casaría a menos que la obligaran. Pues bien, no se iba a decir de ninguna de sus hijas que había llevado una vida escandalosa.

—Así pues —declaró, con voz potente, acallando los aplausos y las voces—, que durante este mes recibiré a todo hobbit en edad casadera que desee hacerle una proposición a mi Prímula. ¡A tu salud, hija mía! —alzando la copa, Gorbado dio por terminado el discurso y el banquete se reanudó una vez más.

Prímula, por su parte, se había quedado completamente paralizada. Estaba pálida y temblaba, presa del miedo y de la rabia. Aquella situación era injusta. Sabía que había dado numerosos disgustos a sus padres, escapándose tantas veces de casa, pero finalmente había aprendido a comportarse. Había dejado de lado sus sueños de aventuras. Había aprendido a coser, actividad que odiaba, y ahora llenaba sus tardes con el diseño de vestidos y el bordado, en vez de ir a robar setas con otros hobbits como había hecho de pequeña. Incluso había aceptado el hecho de que habría de casarse, tarde o temprano, pero siempre pensó que podría elegir ella al hobbit con el que pasaría el resto de su vida. Y su padre, en vez de apreciar el esfuerzo que había hecho Prímula para convertirse en una joven de la que pudiera estar orgulloso, se lo pagaba tratándola como ganado en una feria. ¡Iba a venderla al mejor postor! Por supuesto, pedirían su opinión antes de elegir; pero aquella mera formalidad importaría muy poco. El hobbit mejor asentado se llevaría el gran premio.

Su hermana Rosie tiró de la falda de su vestido, tratando de llamar su atención.

—Prímula, ¿estás bien? —preguntó. Había preocupación en su voz y Prímula asintió, forzando una sonrisa. Lo sentía por Rosie: aquella vez, ni su adorada hermana le impediría fugarse.

Había pasado una semana de la fiesta. La Comarca había vuelto a la normalidad, repuesta de aquella gran celebración, y en casa de Gorbado Brandigamo todo iba sobre ruedas. Prímula no había dado muestras de estar afectada por el anuncio de su padre; como buena hobbit, había aceptado su decisión con tranquilidad. O eso parecía, porque mientras de día recibía pretendientes con una sonrisa conciliadora y daba su correcta opinión sobre cada uno de ellos, por las noches planeaba paso a paso los detalles de su huida. Ya tenía un plan más o menos esbozado: saldría de noche, a hurtadillas, dejando una nota para su madre explicándole sus motivos y que no se preocupara más por ella. Cogería una barca y seguiría el Brandivino hasta llegar al afluyente que venía del Bosque Viejo. Allí bajaría y se internaría a pie en el Bosque, siguiendo el río, hasta cruzarlo por completo. Era un camino peligroso y Prímula lo sabía, pero era la manera más segura de evitar que la siguieran hasta llegar a Bree. Una vez allí, ya vería qué hacer. Además del itinerario, Prímula ya había preparado una bolsa con ropa (en su mayoría, vestidos viejos que había ido arreglando), algo de ropa de hombre para el camino y una capa para protegerse del frío. También se había hecho con una buena cantidad de alimentos que había ido recopilando poco a poco, de aquí y allá, y que tenía bien envueltos bajo la cama. Al paso que llevaba, Prímula calculaba que podría salir en dos días y despedirse para siempre de las ataduras de su hogar.

La mañana de su partida, Prímula hizo lo mismo que hacía todos los días. Ayudó con las tareas, se encargó de la cocina y, por la tarde, se sentó en el despacho de su padre a recibir pretendientes. Aquel día fueron especialmente horribles, pues Prímula no había hablado con ninguno jamás. El último en llegar fue Drogo Bolsón, y a Prímula le sorprendió que lo hiciera acompañado de su padre, Fosco.

—Fosco Bolsón a su servicio, señor Brandigamo. Éste es mi hijo Drogo —se presentó.

Drogo masculló un saludo por lo bajo, rehuendo cualquier contacto visual que pudiera tener tanto con Gorbodoc como con Prímula. Su padre frunció el ceño, pero ambos se sentaron frente a sí tras el saludo de Gorbodoc. Pronto apareció Mirabella, la madre de Prímula, con té y pastas para todos, y su padre no tardó en dar buena cuenta del plato. Prímula se maravillaba de lo mucho que podía llegar a comer su padre, pues aquella escena se había repetido cinco veces esa tarde (aunque ella también saboreaba una deliciosa pasta casera en aquellos instantes).

La conversación entre su padre y Fosco Bolsón fue como el resto que había presenciado hasta la fecha. Sin embargo, la joven ya ni fingía interés; la emoción de saber que sería libre en poco tiempo la embargaba, y aprovechó el momento para observar detenidamente a Drogo. Normalmente, era ella quien desviaba la mirada y sus pretendientes quienes la observaban; pero Drogo no había levantado la vista de sus propias manos, que descansaban entrelazadas sobre su regazo. Al contrario que otros pretendientes, Prímula sí conocía a Drogo: era dos años mayor que ella y habían coincidido muchas veces en Hobbiton, cuando Prímula iba a visitar a su tía Belladona. Lo poco que sabía de él le habría bastado para rechazar su propuesta en aquel instante, pues era un joven hobbit aburrido y previsible hasta la médula. Se decía que cualquiera podría predecir a la perfección lo que diría un Bolsón sobre cualquier asunto, y Drogo era Bolsón de corazón. Sin embargo, que un joven así pareciera tan reacio a casarse con ella, cuando lo más respetable sería que quisiera unirse a una Brandigamo en su posición, llamó la atención de Prímula. ¿Y si no era tan buen Bolsón, después de todo?

Tras la visita, Prímula dio su opinión sobre los pretendientes de la tarde y se retiró a ayudar a su madre a preparar la cena.

—Cielo, trae un poco de leña para este fuego —le pidió su madre en cuanto la vio entrar por la puerta de la cocina. Con un suspiro, Prímula dio media vuelta y se encaminó al granero. Fuera había anochecido y la luna brillaba en lo alto, iluminándolo todo. Sin duda, era el día ideal para fugarse.

La cena transcurrió como siempre, y Prímula no pudo evitar sentirse un poco triste por abandonar así a su familia. Sin embargo, su decisión era firme y aquella misma noche, cuando se hubo asegurado de que su familia dormía profundamente, recogió sus cosas, dejó la nota encima de su cama y, sigilosa como sólo un hobbit puede serlo, abandonó su hogar en busca de aventuras. Llegó hasta el río sin problemas, y allí localizó una barca que podría utilizar con facilidad.

—Lo siento por su dueño —pensó, mientras desataba el nudo que la mantenía anclada. De repente, una voz a su espalda la detuvo, sobresaltándola.

—¿Qué crees que estás haciendo, pequeño ladrón? —preguntó.

Se trataba de un hobbit joven, aunque Prímula no se giró para averiguar quién era. Vestida con ropas de hombre, el hobbit no había descubierto quién era, pero en cuanto se girara lo haría y la delataría de inmediato. No podía permitir fallar tan pronto, cuando aún no había salido de la Comarca, pero el miedo le impedía pensar. El hobbit la agarró por el hombro y Prímula supo que estaba perdida.

—¿Quién eres? —preguntó, al tiempo que le daba la vuelta.

Prímula cayó de espaldas, y su sorpresa fue mayúscula al ver quién era su rival: ni más ni menos que Drogo Bolsón que, como ella, iba cubierto con una capa y llevaba una mochila al hombro. Gracias a la luz de la luna, Prímula pudo ver la expresión de sorpresa, similar a la suya, en el rostro de Drogo.

—¡Prímula Brandigamo! —exclamó Drogo, paralizado. Prímula se puso en pie de un salto y se llevó un dedo a los labios, instándole a bajar la voz.

—¿Quieres que nos descubran, Drogo Bolsón? —preguntó, enfadada.

Era una hobbit muy lista, y en menos de un segundo había atado cabos y había deducido que Drogo, como ella, intentaba fugarse de casa. Era la única explicación por la cual un respetable hobbit de Hobbiton se encontraba a la orilla del Brandivino, oculto con una capa y con un gran macuto a la espalda a altas horas de la noche. El motivo de su fuga era, no obstante, un misterio para ella.

—¿Que nos descubran? —repitió Drogo sin salir de su asombro. Prímula suspiró, resignada.

—Es evidente que estás intentando huir, sea cual sea el motivo —señaló. Una expresión culpable en el rostro de Drogo le delató de inmediato, y Prímula sonrió con socarronería—. Vaya, parece que nuestro querido Bolsón no es tan predecible como todo el mundo cree —ironizó. Drogo frunció el ceño.

—¿Y tú qué? —preguntó— ¿Sueles dar muchos paseos bajo la luna vestida de hombre? —el tono acusador no hizo más que ampliar la sonrisa de Prímula.

—No —respondió con simpleza—. Me voy de casa.

La sinceridad de Prímula descolocó por completo a Drogo, que había esperado una negación y una excusa apresurada para explicar su presencia allí. Prímula resopló, sin borrar la sonrisa irónica de su rostro.

—Me quedaría a charlar contigo toda la noche, Drogo, pero tengo un poco de prisa —dijo, agachándose nuevamente y terminando de soltar la barca. Tenía un pie dentro cuando se giró para encarar a Drogo, que seguía luchando contra la sorpresa, y le preguntó:

—¿Vienes o qué?

Sin contestar, Drogo se metió con ella en la barca y pusieron rumbo Brandivino abajo.

La primera hora la pasaron rodeados de un incómodo silencio. Prímula y él se turnaron para remar, y parecía que estarían eternamente callados hasta que Prímula no pudo más y rompió el silencio.

—¿A dónde te diriges? —preguntó. Drogo le miró a los ojos y un escalofrío recorrió a la joven: aquel hobbit parecía completamente perdido, como si lo hubiera abandonado todo.

—No lo sé —contestó Drogo, con sinceridad—. Sólo sé que me voy. ¿Y tú?

—A Bree. Voy a cruzar el Bosque Viejo hasta llegar al pueblo, y luego ya veré.

La sola mención del Bosque Viejo provocó una expresión de terror en Drogo.

—¡Estás loca! ¡Nadie puede entrar ahí! —exclamó— ¡Morirás seguro!

Prímula se encogió de hombros.

—Es la única manera de asegurarme de que no me sigan —respondió—. Y prefiero morir que volver.

Drogo bajó la mirada. Su resolución no era tan fuerte como la de Prímula; posiblemente, al primer obstáculo daría la vuelta.

—¿De qué huyes? —preguntó Drogo, sin mirarla.

—De ti —respondió Prímula. Drogo levantó la cabeza con rapidez y vio que sonreía—. Del matrimonio, en realidad. Huyo de mi padre y de todos los hobbits que, como tú, no hacen más que llamar a mi puerta con propuestas de matrimonio que no deseo. ¿Y tú?

Una pequeña sonrisa se había formado en los labios de Drogo. No podía creer que el destino hubiera acabado por meterlos a ambos dentro de la misma barca huyendo de lo mismo.

—De ti —contestó Drogo. Prímula le miró sin entender—. No te ofendas, pero no quería casarme con una Tuk y mi padre no atendía a razones —Prímula abrió la boca para replicar, pero Drogo se lo impidió—. No lo niegues, eres más Tuk que Brandigamo. Aunque toda la Comarca parezca haberlo olvidado, yo sí recuerdo todas las veces que te has escapado, te has colado en despensas ajenas (varias veces en la mía, de hecho) o has ido de granja en granja robando zanahorias, coles o setas. No quería verme obligado a casarme con alguien así y pasarme la vida preocupado por nuestros hijos —concluyó. Esperaba una respuesta enfadada por parte de Prímula, pero lo único que recibió fue una sonora carcajada.

—¡Drogo Bolsón, eres el hobbit más estirado y asquerosamente respetable que he conocido! —dijo, entre risas. Y Drogo, en vez de sentirse ofendido, se unió a ella.

Sin darse cuenta, el resto del viaje lo pasaron envueltos en una amena conversación, en el que ninguno se callaba nada y se decían lo que pensaban a la cara. Sin poder evitarlo, aquella larga noche se formó una extraña camaradería entre ellos, pues ya sabían todo lo malo que pensaban el uno del otro y aún así ninguno se lo había tomado a mal. Cuando el alba comenzaba a despuntar, llegaron por fin al final del recorrido por río. Anclaron la barca en la orilla, con el Bosque Viejo amenazante frente a ellos, y Prímula encaró a Drogo firmemente:

—¿Vienes conmigo o sigues tu camino?

A Drogo no le hacía ninguna gracia adentrarse en aquel bosque, tal y como le había dejado claro en varias ocasiones a lo largo de la noche, pero tampoco tenía un plan mejor. Además, en el fondo era un hobbit respetable, así que no podía permitir que una dama

vijara sola.

—Te acompaño —contestó. Prímula sonrió y se adentró, sin temor, en la oscuridad del bosque. Drogo la seguía de cerca, con todos los sentidos alerta. Tras un par de horas andando, se sentaron a un lado del camino a tomar el desayuno. Por suerte, ambos habían sido hobbits previsores y no les faltaría comida a lo largo del viaje, aunque trataron de racionar la que tenían por si surgía algún problema. Retomaron el viaje enseguida y Prímula, que siempre había soñado con explorar el Bosque Viejo, se encontró a sí misma enfrascada en una conversación tan interesante con Drogo que apenas prestaba atención a lo que la rodeaba. Jamás había hablado tanto con alguien, ni de tantos temas. Hablaron de todo: de comida, de política, de sus vidas, de sus sueños y esperanzas... Drogo era, sin duda, el hobbit más respetable que hubiera conocido jamás, pero se sorprendió pensando que, al contrario de lo que siempre había creído, “respetable” no significaba “malo” o “aburrido”. De hecho, Drogo tenía un gran sentido del humor si aprendías a entenderle, pues no era dado a chistes y bromas fáciles. El suyo era un humor más irónico y negro, que se había visto potenciado en la situación en la que se encontraban. Drogo, por su parte, nunca había hablado tanto. Por lo general era un hobbit de pocas palabras, pero Prímula le escuchaba con tanta atención que no podía dejar de hablar. Ni siquiera sentía miedo por el futuro, o por estar cruzando un bosque maldito. Se lo estaba pasando francamente bien.

Fueron sus risas y su charla incesante lo que provocó que los árboles, acostumbrados al silencio, despertaran. Observaban a los hobbits, quienes ajenos a todo habían hecho un alto para comer, y susurraban entre ellos maldiciones y juramentos contra todas las razas que caminaban sobre la tierra. Fue entonces cuando el sauce contra el que se apoyaba Prímula decidió atacar, y abriendo su tronco atrapó a Prímula entre sus raíces. Prímula dio un grito, aterrorizada, y Drogo se puso de pie en un salto.

—¡Prímula! —gritó, presa del pánico. Sin poder hacer nada, veía cómo Prímula desaparecía poco a poco en el interior de aquel árbol. Se lanzó contra él sin pensar, tratando de agarrar a Prímula y tirar de ella hacia fuera, pero el árbol era demasiado fuerte. En poco tiempo tuvo a Prímula atrapada por completo, y de su interior Drogo pudo oír los gritos de auxilio de la joven.

Drogo no sabía qué hacer. No tenía armas, ni nada con lo que atacar. Tampoco podía pedir ayuda a nadie, pues no había nadie cerca, y con impotencia se dio cuenta de que no era más que un hobbit inútil que no podía hacer nada. Lágrimas amargas comenzaron a rodar por sus mejillas al pensar que Prímula había muerto porque no había podido protegerla. Ya no se la oía gritar. De hecho, no se oía absolutamente nada, y ese silencio le puso nervioso. Sin saber por qué, ni qué esperaba que sucediera, comenzó a correr por el camino pidiendo ayuda a gritos. Si no venía nadie a rescatar a Prímula, al menos lograría que otro árbol se la llevara con ella.

Entonces, escuchó una voz que, alegre, respondió a su llamada con un cántico.

*¡Hola, dol! ¡Feliz, dol! ¡Toca un don dilló!  
¡Toca un don! ¡Salta! ¡Sauce del fal lo!  
¡Tom Bom, alegre Tom, Tom Bombadilló!*

Por el camino, apareció un ser, ni hobbit ni hombre, que vestía una chaqueta azul y brillantes botas amarillas. Una sonrisa asomaba tras su barba castaña y cantaba ajeno a la desesperanza de Drogo. El joven hobbit corrió hacia él, la llama de la esperanza viva en su

corazón, y se agarró a su chaqueta en cuanto le tuvo cerca.

—¡Por favor, señor, aquel sauce se ha tragado a Prímula! —explicó entre lágrimas. Aquel ser se limitó a sonreír y contestó:

—Tranquilo, ¡sonríe! Hoy es un bonito día y Tom Bombadil ya está aquí. El viejo Hombre-Sauce no hará daño a tu pequeña flor, ¡no, señor!

Drogo jamás pudo contar lo que ocurrió a continuación, pues incluso él que lo vivió no llegó a entenderlo. Para cuando quiso darse cuenta, el árbol había soltado a Prímula y Tom Bombadil cargaba con ella, que seguía inconsciente. Drogo trotaba con ambas mochilas por detrás, tratando de seguir su ritmo, y cuando volvió a darse cuenta de lo que sucedía se encontraba parado en medio de un recibidor. Dejando caer las cosas al suelo, se apresuró al interior de la casa y siguió a Tom Bombadil hasta una de las habitaciones, donde colocó a Prímula para que descansara.

—¡Está bien, está bien! —rió Tom, instando a Drogo a salir de la habitación y cerrando la puerta— Dejemos a tu flor descansar. Es una pena que mi Baya de Oro no pueda cuidar de ella, pero es que se ha ido y no sé si volverá a tiempo. Tranquilo, tranquilo — siguió diciendo, mientras le conducía a un espacioso salón y se sentaban frente al fuego—, ella estará bien. Es una flor muy fuerte.

Drogo asintió. Estaba todavía demasiado confuso, dividido entre el alivio y el miedo, como para entender la mitad de lo que le decía Tom. Prímula se pondría bien, y por algún motivo aquello era todo lo que importaba.

—Bueno, bueno, ¿y qué hacíais en el bosque? —preguntó Tom, sin perder la sonrisa.

Sin saber bien por qué, Drogo se lo explicó todo. Sus miedos, los de Prímula, y la pequeña aventura que habían vivido hasta llegar hasta allí. Tom Bombadil escuchaba y reía de vez en cuando sin interrumpirle.

—Entonces —dijo, cuando Drogo terminó de hablar—, volveréis a casa pronto, ¿no es así?

La sonrisa brillaba en los ojos de Tom Bombadil y Drogo le miró sin entender. A lo mejor estaba loco. Drogo acababa de decirle que se habían fugado para no volver, ¿por qué habrían de regresar? Tom Bombadil leyó la duda en sus ojos y contestó la pregunta no formulada.

—Bueno, es obvio que tú ahora sí quieres casarte con ella, ¿no es cierto? —la pregunta vino seguida de una sonora carcajada, pero Drogo no contestó. Él no quería casarse con ella. No quería casarse con una Tuk y que sus hijos tuvieran los mismos deseos de aventura, porque sería peligroso para sus hijos. Sí, Prímula era probablemente la hobbit más inteligente y divertida que Drogo hubiera conocido jamás. Pero seguía siendo una Tuk, por muy Brandigamo que se apellidara, y la aventura corría por sus venas. ¡El lío en el que se habían metido por su culpa! Si no hubiera estado Tom Bombadil para salvarla, habría muerto por culpa de su estupidez de Tuk. Habría muerto y Drogo no habría podido hablar otra vez con ella, no habrían podido volver a reír juntos ni pasar tiempo juntos como en aquellas últimas horas.



Pero si seguían adelante con lo de fugarse, cada uno tomaría caminos separados y entonces tampoco volvería a verla. Él acabaría casándose con cualquier otra hobbit, ni la mitad de ingeniosa ni tan guapa como ella, y el resultado sería una vida cómoda y predecible. Una vida larga y aburrida.

—Me quiero casar con Prímula —dijo, sin darse cuenta de que lo había hecho en voz alta. Al darse cuenta de que, por muy peligroso que fuera, quería pasar su vida junto a aquella Tuk, sintió como si le quitaran un peso de encima.

—¿Eso es una petición formal, Bolsón? —preguntó una voz a su espalda. La voz de Prímula. Drogo se levantó, avergonzado, y encaró a la joven.

Prímula se había despertado de golpe, sola y asustada, y había salido corriendo de la habitación. Siguiendo el ruido de las voces, había llegado hasta la sala en el momento en el que Drogo se dio cuenta de que estaba enamorado de ella. Y ahora, con una sonrisa socarrona, esperaba la respuesta de Drogo pacientemente. La escena les recordó a ambos a la vivida hacía unas horas antes, al principio de la noche, cuando Prímula le preguntó si subiría con ella a la barca. Al ver aquella expresión, Drogo se repuso y le devolvió la sonrisa.

—Sólo si tú quieres —dijo. Prímula sonrió aún más.

—Es posible que acabe con tu reputación, Bolsón.

—Estoy más que dispuesto a arriesgarme, Brandigamo.

De fondo, Tom Bombadil reía. Les proporcionó unas monturas y les indicó el camino más seguro de vuelta, y tras despedirse partieron. Drogo le agradeció la ayuda una y mil veces, y le aseguró que algún día volvería a visitarle y llevaría a sus futuros hijos con él.

Drogo y Prímula se casaron poco tiempo después. Habían estado poco más de un día desaparecidos, y sus familias consiguieron, tal y como sólo consiguen las familias hobbits, tapar adecuadamente el escándalo. La vida de Drogo y Prímula, aunque desgraciadamente corta, estuvo siempre llena de dicha y aventuras; la mayor de ellas su único hijo, Frodo Bolsón. Prímula jamás se arrepintió de haber escogido al hobbit más respetado de todos, y Drogo acabó admitiendo que, de vez en cuando, un poco de insensatez nunca viene mal.